



# Manifiesto por una democracia radical

Un análisis del origen  
de la polarización y una  
propuesta para superar  
la antigua dicotomía  
entre derechas e izquierdas

Jordi  
Sevilla

DEUSTO

# **Manifiesto por una democracia radical**

Un análisis del origen de la polarización  
y una propuesta para superar la antigua  
dicotomía entre derechas e izquierdas

**JORDI SEVILLA**



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Jordi Sevilla, 2024

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de cubierta: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: febrero de 2024

Depósito legal: B. 338-2024

ISBN: 978-84-234-3677-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España



# Sumario

---

Introducción. El presente como <i>shock</i> .....	11
Tesis .....	21
1. El populista eres tú .....	31
2. Los errores del siglo XXI .....	67
3. Auge y declive de la democracia .....	135
4. Una democracia radical .....	185
5. Un futuro para la España del siglo XXI .....	271
Epílogo. Manifiesto por una democracia radical .....	333
Agradecimientos .....	363

## El populista eres tú

Para que triunfe el mal, sólo es necesario que los buenos no hagan nada.

EDMUND BURKE

Los populismos hablan en nombre del pueblo. Y al hacerlo mienten doblemente. Por negar la pluralidad (pueblo y antipueblo, o no verdadero pueblo) y negar la democracia: instituciones y procedimientos para conocer lo que opina la mayoría del pueblo. Ellos interpretan la verdadera voluntad del pueblo.

### **1. A qué llamamos populismo, de qué no acusamos a los demás cuando les llamamos populistas**

El populismo crece y se propaga cuando todo lo demás ha fallado. Conviene tener esta idea clara: los políticos populistas ofrecen una respuesta consoladora a una población enfadada y decepcionada con su sistema político democrático. Es el gran desencanto político y las brechas sociales crecientes lo que de-

bemos analizar para entender por qué se ha perdido la confianza y por qué «el populismo revoluciona la política del siglo XXI».<sup>2</sup>

El fracaso de los sueños genera populismo. Y, como veremos luego, hasta ahora la historia del siglo XXI es la historia de un fracaso de las superestructuras políticas e ideológicas en medio de unos cambios tecnológicos, estructurales y sistémicos enormes y muy rápidos, que desestabilizan a las sociedades y generan temor respecto de un futuro hacia el que caminamos a gran velocidad sin que sepamos muy bien si hay alguien al volante.

En ese contexto, demasiada gente se siente abandonada por el sistema democrático y huérfana de representación política. Esa sensación de sentirse abandonados, de que son invisibles, de que nadie habla de ellos (en medio de un gran escaparate público de las identidades varias), de que no le importan a nadie se ha detectado en el caso de las diferentes revueltas francesas (desde los chalecos amarillos hasta la de los jóvenes de los suburbios), en los blancos estadounidenses que votan a Trump o en el ascenso de la extrema derecha europea.

El populismo, entonces, les ofrece una respuesta equivocada, pero a sus problemas reales una esperanza de (falsa) solución. En ese sentido: «El populismo ha sido el primero en reconocer y utilizar el rol de los afectos en política»,<sup>3</sup> al mismo tiempo que «impugna que la base de la sociedad sea racional».<sup>4</sup>

En términos más académicos, podemos definir el populismo como «una ideología delgada que considera que la sociedad está dividida en dos campos homogéneos y antagónicos (el “pueblo puro” frente a la “élite corrupta”), y que sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general».<sup>5</sup>

2. Rosanvallon, Pierre, *El siglo del populismo*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021, p. 13.

3. *Ibidem*, p. 20.

4. Villacañas, José Luis, *Populismo*, La Huerta Grande, Madrid, 2015, p. 16.

5. Mudde, Cas, y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populismo, una breve introducción*, Alianza, Madrid, 2019, p. 33.

Como dice Villacañas, el populismo tiene, pues, una teoría tanto del ser social como del ser humano: «Es una respuesta a las propias dimensiones problemáticas que la modernidad encierra y a la crisis social inevitable que genera bajo su forma presente de globalización neoliberal». <sup>6</sup> Por lo tanto, va más allá de una simple cuestión de psicología de masas.

Aunque pueden mencionarse antecedentes en tiempos más remotos, aquí acotaremos el análisis del populismo como fenómeno político sólo a cuando se presenta como alternativa frente a las democracias liberales basadas en la idea de que existe un pluralismo consustancial tanto a la sociedad como a su representación política. Frente a eso, el populismo se estructura en torno a los siguientes actores esenciales:

### *El pueblo*

Ante la idea de una sociedad heterogénea construida a partir del concepto de clases sociales definidas por su relación con los medios de producción, para el populismo el ser social sobre el que construir una comunidad lo suficientemente homogénea como para vivir juntos en paz (fraternidad) sería el pueblo, concepto genérico y elástico que reúne al menos tres ideas complementarias: la gente común mayoritaria, el soberano que decide en última instancia y la nación.

Este pueblo homogéneo no existe. Entre otras razones porque a sus «enemigos» no les interesa que exista. Por eso hay que construirlo. Y para eso es necesario desarrollar la fuerza de los afectos en la movilización política; ocupar todo lo posible los espacios de comunicación social con sus mensajes y consignas; definir un «ellos», la élite, contra la que construir el «nosotros» mediante la inevitable confrontación y la existencia de un «líder» como figura mítica capaz de generar esa articulación del pueblo y dotarlo de identidad reconocida.

Paradójicamente, en este punto el populismo utiliza la mis-

6. Villacañas, José Luis, *op. cit.*, 2015, p. 38.

ma lógica que el análisis comunista del marxismo que necesita recurrir a la lucha de clases y al liderazgo de una vanguardia (el partido comunista) para construir el «proletariado» (la clase para sí, consciente de su rol histórico) a partir de trabajadores (la clase en sí, sin conciencia de clase).

En palabras de Villacañas: «El populismo es la teoría política que pone todo su énfasis en la construcción del pueblo».<sup>7</sup>

### *La élite*

También llamada la casta, los de arriba, los ricos, los poderosos, la oligarquía... Son aquellos que no son del pueblo. Siempre una minoría que ostenta el poder gracias al cual controla, manipula, engaña, somete a abusos y explota al pueblo, a los de abajo. Es también un bloque homogéneo, que vive en un mundo muy diferente de aquel en que vive el pueblo. Por eso son «ellos», «los otros», contra los que resulta legítimo sentir aversión, incluso odio, porque intentan evitar que el pueblo se articule y les haga frente hasta acabar con sus privilegios injustificados.

El poder de la élite es el poder real, y va más allá del poder formal derivado de las instituciones democráticas representativas a las que controla y a menudo corrompe. Aquí también se recupera la idea comunista del Estado como aparato en manos de y al servicio de la clase dominante, y la democracia formal o burguesa como fachada para esconder el verdadero poder que siempre perjudica al pueblo desde la sombra y no suele dar la cara. Como se ve, el paso desde aquí a las teorías conspirativas es corto.

Para el populismo, el conflicto entre pueblo y élite, nosotros y ellos, es la esencia de la política, porque es lo único constitutivo de la verdadera soberanía popular.

7. *Ibidem*, p. 87.



## *El líder*

Para el populismo, el líder representa el mismo papel que el comunismo atribuía al partido: es el responsable histórico de transformar a la multitud descontenta en el pueblo soberano dispuesto a tomar el futuro en sus manos.

«La función del líder es transformar representaciones conceptuales siempre defectivas en representaciones afectivas [...], sólo por el líder el pueblo opera.»<sup>8</sup> Por eso, el líder representa a la totalidad y a su vez forja al pueblo como totalidad.

Como articulador de las diferentes demandas en un todo, en sí mismo el líder es un significativo vacío capaz de contener y dar sentido a todas las demandas, sin preocuparse por su coherencia. Por eso es un líder representativo y carismático capaz de generar fuertes adhesiones emocionales: «El populismo se asocia con un líder fuerte, cuyo atractivo personal es la base de su apoyo».<sup>9</sup>

El líder es uno más del pueblo frente a los políticos profesionales del *establishment*, dispuesto a aplicar con radicalidad soluciones de «sentido común» a los problemas, como las que plantearía cualquiera en una charla de bar. Es una persona «normal», que se siente obligada a asumir una función casi mesiánica en defensa de los verdaderos intereses del pueblo.

## *La nación*

A pesar de que nación es un concepto relativamente reciente en la historia de la humanidad, y que la articulación de los actuales Estados-nación es todavía más reciente, resulta un concepto muy útil para el populismo, ya que le permite cubrir tres necesidades. Primero, delimitar el marco que define al «nosotros el pueblo»; segundo, trazar las fronteras, por muy arbitrarias que sean, que establecen el marco de la «soberanía nacional»; y, por

8. *Ibidem*, pp. 76-77.

9. Mudde, Cas, y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *op. cit.*, 2019, p. 84.

último, desarrollar un nuevo contexto de confrontación emocional: el nacionalismo/patriotismo.

Tan importante es la nación para la arquitectura social del populismo que en esta época de globalización e integraciones supranacionales le obliga a mantener un discurso proteccionista centrado en dos ideas: nuestra nación primero y nuestra soberanía nacional primero. De ahí arranca la xenofobia y el antieuropeísmo del que hace gala en Europa o el «América primero» en Estados Unidos. Lo contrario desharía el entramado conceptual populista como un azucarillo en agua.

A partir de estas piezas clave, el populismo construye una teoría dinámica de la acción política que incluye los siguientes vectores:

### **Democracia igual a soberanía popular**

El populismo del siglo XXI no es contrario a la democracia. De hecho, se presenta como defensor de la «verdadera» democracia basada en la soberanía del pueblo y contrario a la «democracia real», en la actualidad secuestrada por las élites que utilizan para ello a los partidos políticos del «sistema» y al conjunto de normas e instituciones intermedias que caracterizan a una democracia liberal.

Por consiguiente, critica la democracia representativa existente y promueve una especie de democracia directa en la que la voz del pueblo conecta, sin intermediarios, con el líder, que traduce en actos sus deseos. Así, apelando directamente a su opinión a través de referéndums, la soberanía popular es quien decide de verdad si hace falta.

Frente a la idea de pacto racional entre individuos libres, pero diversos, que sostiene a la democracia liberal heredera de la Ilustración, la democracia populista se basa en la homogeneidad del pueblo con un único interés común, presentado casi siempre como algo evidente, sencillo, de «sentido común». El individuo queda subsumido en el grupo. Y ante el equilibrio institucional de poderes controlándose mutuamente (legislativo, ejecutivo, judicial...), la democracia directa sólo es posible gracias al vínculo entre pueblo y líder, sin intermediarios.

Como demuestra la historia, con mucha frecuencia esta concepción de la democracia acaba en lo que se ha llamado democraturas: autocracias con elecciones, como en Venezuela o Rusia. El alcalde de Varsovia, Rafał Trzaskowski, miembro de la Plataforma Cívica, entonces en la oposición al populista gobierno polaco del partido Ley y Justicia, decía al recibir en 2023 el premio a la Construcción Europea del Cercle d'Economia de Barcelona: «Polonia es una democracia, aunque una democracia sitiada»,<sup>10</sup> en la que los populistas están por todas partes, poniendo en peligro el proceso electoral y utilizando al poder judicial para controlar la libertad de prensa y a la oposición, amenazándola con la cárcel.

El populismo «puede legitimar el autoritarismo y los ataques intolerantes contra cualquiera que (presuntamente) amenace la homogeneidad del pueblo».<sup>11</sup> Por ejemplo, los escraches o las campañas de desprestigio personal de los adversarios.

### **La confrontación entre ellos y nosotros**

Hemos visto que para el populismo el conflicto es esencial. No sólo porque responde a su concepción de la vida política alejada de cualquier posibilidad de pacto entre intereses enfrentados, sino porque lo necesita para «construir» pueblo. Está obligado pues a mantener la presión por el conflicto de manera permanente (incluso cuando ha ganado y ejerce el poder), por lo que requiere todo el tiempo «construir» un enemigo contra el que movilizar las energías del pueblo.

En ambas circunstancias, la utilización de la mentira, la manipulación, la envidia o el odio constituyen herramientas de uso común en las políticas populistas para mantener viva la presión popular. «El elemento clave de sus propuestas políticas reside finalmente en la invitación a desalojar a los gobiernos establecidos.»<sup>12</sup> De ahí el «no nos representan» o el «que se vayan todos».

10. *El País*, 31 de mayo de 2023.

11. Mudde, Cas, y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *op. cit.*, 2019, p. 51.

12. Rosanvallon, Pierre, *op. cit.*, 2021, p. 74.

### **Movilizar emociones**

Si la razón permite a los individuos alcanzar conclusiones, las emociones nos empujan a la acción, a menudo impulsiva. Y el populismo necesita la acción unida del grupo. Como dice Adela Cortina: «Es mucho más fácil manejar la emoción que la razón, ya que para manejar la razón hacen falta argumentos»,<sup>13</sup> que no son necesarios para emocionar.

Construir pueblo y mantener activa la lucha contra los enemigos del pueblo exigen una movilización permanente que sólo se consigue y se mantiene mediante un importante aparato de propaganda que utilice todos los medios a su alcance y rentabilice las mejores técnicas disponibles. En el siglo **xxi**, eso requiere apelar a las emociones con mensajes simples y llamativos dirigidos a captar la atención en un mercado muy competitivo cargado de mensajes con el mismo fin y el uso de las redes sociales como transmisores preferentes de tales mensajes. Y repetir, repetir y repetir hasta que parezca verdad.

En suma, como ya hicieron los nazis en el siglo **xx**, utilizar la propaganda para destruir puentes y levantar trincheras. Cuando el mensaje político tiene como único objetivo movilizar sentimientos, la verdad o la mentira incorporada en dicho mensaje deja de ser relevante, ya que sólo importa su eficacia a la hora de conseguir el fin buscado. Y para esto todo vale.

Como ideología, el populismo es incompleto, lo que le permite adherirse, sin demasiados problemas, a otros planteamientos políticos tanto de derecha como de izquierda. Del mismo modo, algunos de sus planteamientos, métodos o consignas tienden a contagiar a otras formaciones políticas que sin ser exactamente populistas, adoptan algunos de sus postulados o maneras, agrandando así su desafío, como amenaza, a la democracia liberal al reducir el espacio público de su característico debate racional entre opciones alternativas y legítimas.

A pesar de que a lo largo de la historia hemos visto momentos populistas (la rebelión de Catilina en la Roma republicana, por ejemplo) y de que la literatura cita de forma especial los casos del

13. Cortina, Adela, *El País Semanal*, 19 de mayo de 2023.

siglo xx en Latinoamérica (Perón o Chaves, entre otros), intento centrarme en su impacto en el siglo xxi: desde Trump hasta Putin, pasando por Orbán o el ascenso de la extrema derecha populista en Europa hasta llevarla a gobernar en varios países.

En el caso húngaro, el primer ministro, Orbán, en cuyo espejo se mira mucho Vox, se refiere sin tapujos a lo que está construyendo en ese país como «democracia iliberal»; es decir, un sistema que mantiene formalmente el sufragio, pero que está vaciando de contenido las libertades y la separación de poderes hasta el punto de haber mantenido ya varios enfrentamientos con la Unión Europea, de la que sigue formando parte.

Pero, repito, todos los casos de aparición y ascenso del populismo, en cualquiera de sus manifestaciones, coinciden con una crisis del sistema político en vigor. Crisis que se traduce en pérdida de confianza, sentimiento generalizado de abandono y de olvido por parte de los poderes públicos, sensación de impotencia que conduce al enfado y a la apuesta por la promesa populista de «acabar con todo esto» y construir un nuevo paraíso en la Tierra.

Analizar las causas del populismo es, pues, fundamental para combatirlo de forma adecuada y eficaz, sin llevarse por delante los principios esenciales de nuestra democracia liberal, para lo que se debe estar dispuesto a realizar todas las reformas necesarias que aseguren su puesta en funcionamiento de nuevo, generando amplios apoyos mayoritarios.

Otro ejemplo de lo dicho lo representa El Salvador y su presidente Bukele. Durante décadas, el sistema democrático no fue capaz de poner fin a las pandillas y grupos criminales que sembraban el terror en las ciudades salvadoreñas. Hasta que Bukele fue elegido y aplicó una durísima guerra contra las maras. Más de 65.000 personas fueron encarceladas con métodos y en condiciones incompatibles con los derechos humanos.

Esta realidad fue criticada por organismos nacionales e internacionales. Pero los ciudadanos, que celebraban la caída de los índices de criminalidad y el correspondiente incremento de su seguridad personal y familiar, apoyaban a un presidente muy popular que, al calor de dicho apoyo, empezó a dar claras

muestras de autoritarismo: censura creciente, ataques a la oposición, nombramiento de magistrados afines en los tribunales hasta forzar que, en una interpretación muy discutible de la Constitución, el Tribunal Electoral aceptara la posibilidad, hasta entonces prohibida, de un nuevo mandato del presidente.

De la mano de la popularidad de un presidente que ha sido capaz de resolver problemas importantes para los ciudadanos que la democracia tradicional no había solucionado, el camino a una demócratura es un ejemplo de dos características: que el populismo aparece y crece ante el fracaso de las democracias y que el populismo se desarrolla en democracia, pero su triunfo conlleva la imposición de un sistema autocrático, aunque mantenga la formalidad de partidos de oposición acosados y elecciones amañadas.

## 2. El populismo está en nuestra naturaleza

El populismo conecta con nosotros a través de nuestros sentimientos o emociones (miedo, alegría, orgullo, celos, vergüenza, odio, vanidad...), que son «reacciones automáticas, una revolución fisiológica interior que el cerebro genera ante estímulos o situaciones que son de especial relevancia para animales o personas».<sup>14</sup>

La vida humana transcurre sobre un fondo emocional. En palabras de un ilustre psicoanalista español: «Es erróneo creer que el Yo es exclusivamente racional porque en las actuaciones regladas sobre la realidad se precise controlar las emociones».<sup>15</sup>

El sociólogo W. Pareto ya señaló en 1901 que la mayor parte de las acciones humanas tienen su origen no en el razonamiento lógico sino en el sentimiento, aunque inventamos explicaciones lógicas *a posteriori* para justificar nuestras acciones. Los sentimientos son «instrumentos de que dispone el sujeto para la relación, tanto

14. Morgado, Ignacio, *El cerebro y la mente humana*, Ariel, Barcelona, 2023, p. 165.

15. Castilla del Pino, Carlos, *Teoría de los sentimientos*, Tusquets, Barcelona, 2000, p. 41.

con personas, animales, cosas e incluso consigo mismo». <sup>16</sup> Por lo tanto, los sentimientos ayudan al sujeto a «interesarse por la realidad y organizarla subjetivamente». <sup>17</sup> Tan importante papel desempeñan, por ejemplo, en la memoria que de quien no tiene sentimientos decimos que cursa una patología que afecta a su capacidad para percibir la realidad y para interactuar con los demás.

Esta tesis es fundamental en nuestro razonamiento: los populismos movilizan a los seres humanos poniendo en acción su cerebro emocional y haciendo que tome el control de sus actuaciones a medio plazo. Recordemos aquí que entre las características de las emociones humanas (se han detectado hasta veintisiete, más allá de las seis básicas) se encuentran: provocar una predisposición a la acción, ser universales, darse en todas las culturas, perdurar a lo largo del tiempo y, por último, ser contagiosas.

Tener sentimientos, aunque con diferencias, es algo que compartimos con aquellos animales de los que estamos más cerca en la cadena evolutiva. Si apenas 80 genes de un total de 20.000 son cruciales para explicar qué es un ser humano, comparado con un chimpancé o un gorila, disponer de emociones no forma parte de esos rasgos distintivos.

De hecho, el cerebro emocional se ha desarrollado a lo largo de la evolución (antes incluso que el cerebro racional, más vinculado al desarrollo del lóbulo frontal cuando pasamos a ser bípedos) con una función específica muy útil: «Ayudarnos a identificar lo que nos conviene y lo que no nos conviene». <sup>18</sup> Y el investigador añade: «También usamos los sentimientos como un instrumento para medir, evaluar y catalogar objetos, personas, situaciones, acontecimientos, experiencias o ideas» <sup>19</sup> y comunicarlo a otros humanos.

Además de controlar el funcionamiento ordinario del cuer-

16. *Ibíd.*, p. 20.

17. *Ibíd.*, p. 57.

18. Morgado, Ignacio, *op. cit.*, 2023, p. 175.

19. *Ibíd.*, p. 170.

po, nuestro cerebro genera los procesos mentales para controlar el comportamiento. Ello «nos convierte en seres inteligentes, capaces de sentir, pensar y razonar para hacer lo que deseamos o nos conviene en cada momento o situación».<sup>20</sup>

Ante la pregunta sobre qué nos hace humanos, debemos responder: frente a la inteligencia artificial, las emociones nos hacen humanos (aunque la IA acabará imitándolas como un buen actor en escena). Frente al resto de los animales y, sobre todo, al resto de los primates, la razón es lo que nos identifica como humanos.

«Nada en la vida es más fuerte que el instinto de supervivencia.»<sup>21</sup> Y a ello contribuyen de manera decisiva los sentimientos. Pero el cerebro humano puede desplegar estrategias de supervivencia mucho más poderosas utilizando nuestras capacidades racionales gracias a las cuales tenemos la posibilidad de:<sup>22</sup>

- Detectar patrones en nuestro entorno y elaborar previsiones a partir de ellos (algo que ahora harán los algoritmos y la inteligencia artificial).
- Concebir cambios en el mundo que mejorarían nuestra situación.
- Comunicar estas ideas a nuestros congéneres.
- Cooperar en grupos capaces de cosas que uno solo no podría.
- Trasladar toda esta información a las generaciones futuras.

En todo este proceso, nuestro cerebro es capaz de cometer errores movido por dos factores: los sesgos cognitivos procedentes del «pensamiento rápido», intuitivo, tal como explica el premio Nobel Kahneman, en contraposición al «pensamiento lento», razonado, y el predominio de las emociones por encima de la razón.

La muy conocida resistencia de nuestro cerebro a reconocer que se ha equivocado es lo que permite que seamos «el único

20. *Ibidem*, p. 19.

21. *Ibidem*, p. 163.

22. Seguimos a Phillips, Tom, *Humanos*, Paidós, Barcelona, 2019.



animal que tropieza dos veces con la misma piedra», repitiendo errores similares sin aprender de la experiencia. Como dice Gutiérrez-Rubí: «Nuestro cerebro detesta el conflicto interno, por eso se refugia y valida toda información previa que refuerce el apriorismo instalado».<sup>23</sup>

Los sesgos cognitivos nos empujan a tomar decisiones de forma rápida, y a menudo precipitada, sin toda la información pertinente, lo cual tiene sentido ante problemas de supervivencia cuando no hay tiempo para valorar. Es un mecanismo de defensa a corto plazo, casi instintivo, en el que por un instante el juego de sentimientos toma el mando. «El sistema emocional es un instrumento adaptativo sin el cual nos sería imposible resolver situaciones que exceden las capacidades de análisis racional, ya sea por carencia de información o por la velocidad de las circunstancias.»<sup>24</sup>

El problema es cuando los sentimientos, las emociones, toman el mando durante un tiempo largo y adoptan decisiones sobre la planificación y el medio plazo, sustituyendo en esto a la razón. A veces, las emociones «se desbordan irrefrenablemente porque ésa es su naturaleza».<sup>25</sup> Cuando esto ocurre en un colectivo, cuando la razón acaba pensando lo que sentimos, estamos entregando el mando al populismo.

Éste es un punto crucial de mi argumentación: «Cuando las emociones se desconectan de la razón, los individuos se vuelven torpes, cambia su personalidad y se compromete su destino».<sup>26</sup> Por eso, en la permanente interacción entre razón y emoción, «aunque las emociones determinan nuestro comportamiento, ellas mismas son casi siempre subsidiarias y servidoras de la razón [...], [por ello] los buenos argumentos racionales son capaces de modificar los sentimientos de las personas para ponerlos de su parte».<sup>27</sup>

23. Gutiérrez-Rubí, Antoni, *Gestionar las emociones políticas*, Gedisa, Barcelona, 2019, p. 39.

24. Manes, Facundo, y Mateo Niro, *Ser humanos*, Paidós, Barcelona, 2021.

25. Morgado, Ignacio, *op. cit.*, 2023, p. 168.

26. *Ibidem*, p. 185.

27. *Ibidem*.

En suma: «La razón sin emoción es como un general sin ejército. La emoción sin razón es como un coche sin frenos».<sup>28</sup> Como ya sabían los griegos (tanto los filósofos como los autores de las tragedias y comedias): «En nuestro interior anida un conflicto permanente entre razón y deseo. Nosotros somos el conflicto entre razón y pasión».<sup>29</sup>

Dado que «ignorar los sentimientos es grave, [pero] sobreexcitarlos para su utilización política es peligroso»,<sup>30</sup> deberíamos llamar inteligencia al justo equilibrio entre razón y emoción, sacando en cada momento lo que sea más adecuado a la situación.

Y, cómo no, Platón ya trató este asunto en el diálogo *Fedro*, cuando habla del alma humana mediante la alegoría del carro alado: «El alma es como un carro de caballos alados y un auriga que forman una unidad [...], nuestro auriga gobierna a la pareja que conduce, uno de los caballos es bello y bueno y el otro es lo contrario en todos los aspectos. De ahí que la conducción nos resulte dura y dificultosa».<sup>31</sup>

El auriga representa nuestra parte racional que debe guiar a los caballos, que representan los sentimientos positivos y los no tan positivos de la naturaleza humana. Se establece una lucha en la que no está claro el ganador en cada momento. Pero al igual que dicen los estoicos para el ámbito personal, sólo seremos capaces de virtud y buenas acciones si conseguimos que nuestra parte racional se imponga al cerebro emocional.

Recientemente, en uno de los libros más influyentes en lo que llevamos de siglo,<sup>32</sup> el psicólogo social Jonathan Haidt ha vuelto a tratar este asunto a la luz de nuevas investigaciones, y visualiza las emociones como un elefante y la razón como el jinete del elefante. Pero a diferencia de Platón, ahora nuestro autor

28. *Ibidem*, p. 169.

29. Bonazzi, Mauro, *Sabiduría antigua para tiempos modernos*, Alianza, Madrid, 2021, p. 79.

30. Gutiérrez-Rubí, Antoni, *op. cit.*, 2019, p. 18.

31. Platón, *Fedro*, 246<sup>a</sup>, Gredos, 2014.

32. Haidt, Jonathan, *La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata*, Deusto, Barcelona, 2019.

dice que el jinete conductor se limita a seguir la senda marcada por el elefante, que es quien manda. Es decir, la razón está al servicio de las emociones, ya que está diseñada para encontrar justificaciones y no la verdad, para persuadir y no para descubrir (en esto sigue a Hume cuando señala que «la razón es y sólo debería ser esclava de las pasiones»).

Entre el auriga que, con dificultad, logra controlar a los caballos y el jinete que se deja arrastrar por el elefante, entre una razón al mando y una razón subordinada a los sentimientos, se puede explicar la marcha de las sociedades a lo largo de la historia. Y el paso de los momentos populistas a los más escasos momentos democráticos.

En cuanto mecanismo primitivo de supervivencia, en una colectividad humana los sentimientos tienden a contagiarse con rapidez como parte de su naturaleza. El miedo, el odio, la violencia... son sentimientos que en un colectivo pueden activarse y extenderse de manera artificial; es decir, aunque no exista una causa verdadera y suficiente que los provoque. Si un trastorno de ansiedad hace que un individuo «detecte peligros donde no los hay y evalúe riesgos en exceso»,<sup>33</sup> el populismo es una patología colectiva que afecta a una sociedad cuando determinados sentimientos negativos se activan de modo exagerado, más allá de toda evidencia, y se sobreponen a la razón hasta anularla.

La psicología de masas estudia por qué en determinados momentos y circunstancias los individuos se contagian del comportamiento de los demás, y lo asumen y repiten sin cuestionarse nada. Analiza ese momento en que absorbido por un nosotros que tiene una entidad propia, el yo desaparece: el todo es más que la suma de las partes.

Este punto es fundamental y lo repetirá también Freud: al entrar en un grupo, el individuo queda subordinado a las pulsiones del grupo (se genera un superego colectivo que se impone a los individuales), y la conciencia moral individual se diluye hasta desaparecer. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, obra

33. Manes, Facundo, y Mateo Niro, *op. cit.*, 2021, p. 29.

de 1921 (tras la Primera Guerra Mundial), Freud añade que la personalidad consciente del individuo es tomada por cierto inconsciente colectivo.

Los sentimientos de las masas son simples, impulsivos y exaltados, y se llega a ellos por identificación, contagio, sugestión o sensación de mayor poder. La masa no existe sin un líder, dice Le Bon, que pasa a dominar al grupo. Y en el prefacio señala: «Aunque las masas han desempeñado siempre un papel importante en la historia [...], la acción inconsciente de las masas, al sustituir la actividad consciente de los individuos, representa una de las características de la época».<sup>34</sup>

Ambos autores coinciden en señalar la carencia de libertad del individuo integrado en una multitud. Sobre este aspecto insistió más el tercer autor que queremos referir aquí: Wilhelm Reich. En 1933, desde el psicoanálisis y el marxismo escribió *Psicología de masas del fascismo*, en el que analiza el fenómeno de Hitler y, en menor medida, Mussolini. Y donde empieza reconociendo: «Con una energía inaudita y una gran habilidad [los nacionalsocialistas] han entusiasmado efectivamente a las masas y conquistado el poder». Y prosigue que el problema fundamental es entender por qué las masas se disocian de su situación objetiva de clase para alinearse, por razones ideológicas, con intereses ajenos: ¿por qué los obreros se hacen nazis, en lugar de comunistas como señala el marxismo? Dicho en sus palabras: «¿Qué es lo que impide el desarrollo de la conciencia de clase?».<sup>35</sup> Volveremos sobre esto.

A los efectos, nos quedaremos con una conclusión evidente a estas alturas: el comportamiento de las masas siempre está determinado emocionalmente. Las masas son más el elefante de Haidt que el carro de Platón. Por eso mismo son también más manipulables. Por la publicidad o por los expertos con fines políticos.

34. Le Bon, Gustave, *La psicología de las masas*, 1895.

35. Reich, Wilhelm, *Psicología de masas del fascismo*, Enclave de Libros Ediciones, Madrid, 2020.